

JAVIER CORCUERA

Claves históricas del problema vasco

El problema vasco nace y se alimenta en el interior de la sociedad vasca por más que determinados discursos o imágenes hagan pensar en la existencia de un enemigo exterior. El origen del conflicto está en las características del primer nacionalismo, de carácter integrista. Su esencia se ha mantenido aunque actualizada con el paso de los tiempos. Hoy no es verdad que el País Vasco esté oprimido por España ni que en ésta no haya democracia. Sin embargo, mientras el nacionalismo moderado siga cuestionando la democracia del sistema constitucional y denunciando la presunta falta de respeto de los derechos vascos, habrá quienes crean justificada la violencia.

Javier Corcuera es catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad del País Vasco.

Son muchas las perspectivas desde las que se puede abordar una propuesta de explicación del llamado problema vasco. En el reducido espacio de este artículo, me limitaré a señalar la trascendencia que en el nacimiento y alimentación de tal problema tiene la dimensión interna a la sociedad vasca: la cuestión que nos ocupa se plantea entre vascos, aunque las banderas, símbolos e imágenes que se suscitan hagan pensar en el enfrentamiento con un enemigo exterior.

La clave que me servirá como línea argumental básica se relaciona con las características del primer nacionalismo vasco, con su componente integrista y con la dificultad que ello implica a la hora de intentar racionalizar las demandas o de buscar salida a las muy diversas frustraciones presentes en la sociedad vasca.

Veamos, pues, cómo se define el agravio fundamental que padecen los vascos y qué motiva su ira.

Ernest Gellner nos avisó hace ya tiempo que la exposición de las ideas de los padres de los distintos nacionalismos servía para poco. En parte porque son esquemas bastante parecidos, en parte porque no tienen ningún interés desde un punto de vista teórico o histórico y, en parte, porque la exposición que se realiza

La justificación del nacionalismo de Arana no es sino una prolongación de la mitología inventada por los vascongados en los albores de la monarquía absolutista para defender sus instituciones.

de la definición del agravio fundamental no suele ser lo que importa para explicar la afirmación patriótica.

Pese a todo, hay cosas significativas sin las que no puede entenderse el carácter del nacionalismo vasco en (¿desde?) su origen. En un lapso de 40 años, el País Vasco es escenario de dos guerras carlistas en las que la mayoría de la población campesina pierde la guerra y, con ella, lo hacen sus intelectuales orgánicos: el bajo clero y la pequeña nobleza, incapaces de suministrar una explicación coherente del significado de aquellas pérdidas. (Es obvio que hay otros vascos que ganan aquellas guerras: las guerras civiles españolas han sido también, por supuesto, guerras civiles entre vascos).

El final de la segunda carlistada supone el término de los fueros, abolidos por la ley de 21 de julio de 1876, con lo que ello supone de ruptura simbólica con toda la historia vasca anterior, arrasada por culpa de los liberales enemigos de Dios.

Tras la guerra comienza la industrialización, que acaba con la sociedad tradicional y convierte Vizcaya en polo de atracción de miles de obreros de todo el norte de España. Para muchos de los vizcaínos marginados por el nuevo orden de cosas, la "invasión *maketa*" pone en peligro la moralidad de los vascos, después de que la guerra y la ley abolitoria hubieran acabado con las instituciones que expresaban el orden y armonía de una sociedad cristiana.

Esta convulsión social sufrida en una sola generación que ha vivido dos guerras es la explicación de casi todo. Y precisamente la intensidad de la convulsión -y, por supuesto, lo bonancible de la situación económica a partir de los primeros años de la postguerra- explica el nacionalismo de la generación de los hijos de los derrotados.

Han pasado tantas cosas, han caído tantos símbolos, se han producido tantas frustraciones, que no importa que los argumentos en que se basa la afirmación nacional sean tan endeble. Porque la justificación del nacionalismo de Arana no es sino una prolongación de la mitología inventada por los vascongados en los albores de la monarquía absolutista para defender sus instituciones. El mecanismo y los argumentos siguen siendo los del pactismo bajomedieval, que afirma la obligación del rey de respetar los fueros del reino, pues ésta fue la condición con que fueron elegidos sus antecesores al ser nombrados reyes.

El esquema, repetido en tantas partes, tuvo en las Vascongadas una prolongación especial vinculada con la especial prolongación de su régimen particular. La continuación del sistema foral en tiempos de los Borbones explica la necesidad de reinventar nuevamente justificaciones, que llegan al extremo de afirmar que el vascuence había sido la lengua, directamente inspirada por Dios, que hablaron en el Paraíso nuestros primeros padres Adán y Eva. Es seguro que desmesuras semejantes se escribieron en otras partes, aunque no deja de sorprender que Erro las publicara en su *El Mundo primitivo* ¡en 1808!

Todo ésto se hubiera disuelto, como se disolvió en tantas partes, de no haber sido por las guerras carlistas y por los apoyos que tuvo el pretendiente en Vascongadas y Navarra.

La causa de Dios se vincula con la de los fueros en las mentes de los combatientes. Una interpretación integrista de la foralidad subraya los elementos pactistas de la vieja lectura fuerista e imputa a Castilla el haber roto el pacto. A la amargura de la derrota militar sigue la amargura de la ley abolicionista de los fueros que acaba con unas instituciones de autogobierno provincial, Juntas Generales y Diputaciones Forales, que habían venido funcionando desde el Medioevo.

Ese es el ambiente en que se define el gran agravio.

Novedad y tradición en el primer nacionalismo

Los hijos de las familias carlistas acomodadas que apenas comenzaban a escolarizarse al comenzar la segunda guerra, la generación de Sabino de Arana, reciben una educación integrista que les habla de los fueros como leyes cristianas traicionadas por los reyes liberales de España. Al final de su adolescencia, viven en un Bilbao que ha doblado su población y en donde hay quien explica casi todo lo que de malo pasa en la villa con la invocación a los *maketos* y al peligro que representan para la religiosidad las buenas costumbres, para el buen gobierno (los socialistas empiezan a organizar huelgas y a ser elegidos concejales), y para la pureza de la raza.

La protesta de Arana es la reclamación integrista de un joven cuyo nacionalismo “sólo por Dios ha resonado”. Su lema, *Jaungoikua eta Lagizarra*, (Dios y ley vieja), traduce el viejo “Dios y fueros” a la racionalidad nacionalista que está en auge en una Europa que discute del principio de las nacionalidades: los territorios vascos fueron conquistados militarmente en 1839, nunca han sido España, sus fueros eran expresión de su independencia originaria, los vascos no son españoles ni por la raza, ni por la lengua, ni por la historia, ni por las costumbres, ni por las leyes. La opresión española sobre Euskadi, con ser injusta, no lo es tanto por suprimir el derecho viejo, que era la independencia, cuando por el riesgo que manifiesta de corrupción para los vascos.

Esta nueva ordenación del viejo discurso carlista leído desde el integrismo permite al nacionalismo de Arana conectar con amplios sectores de la población vizcaína y definir la nueva religión nacionalista.

El integrismo se mantiene en la definición de los fines y en la elección de los medios. “Dios y ley vieja” es “Dios y tradición”, y la tradición vasca es la independencia. Ambos términos son indisolubles, lo que lleva a Arana a plantear su política con una santa intransigencia que le enfrenta con todos los partidos más o menos vinculados con la familia liberal, aunque fueran independentistas, y con todos los “españolistas” no partidarios de la independencia vasca, aunque fuesen católicos.

La aspiración integrista a la independencia no puede contentarse con el mero logro de la estatalidad o el establecimiento de unas fronteras. El nacionalismo no quiere la independencia, sino la salvación para su pueblo, porque “Bizkaya, dependiente de España, no puede dirigirse a Dios, no puede ser católica en la práctica”.

Este nacionalismo integrista aglutina un colectivo que se identifica con la nación. Los símbolos del partido serán los símbolos vascos, y vascos serán sólo

El proyecto nacionalista de Arana es de imposible generalización al conjunto de la sociedad vasca, porque nace contra sectores significativos de dicha sociedad.

los patriotas. El enemigo político será, teóricamente, el enemigo externo, pero en la vida cotidiana, el auténtico adversario son los inmigrantes españoles o los vascos “españolistas”: el proyecto nacionalista de Arana es de imposible generalización al conjunto de la sociedad vasca, porque nace contra sectores significativos de dicha sociedad.

Con tales mimbres se hace el cesto de la nación vasca. La intransigencia primera se mantiene en un furibundo antiespañolismo que alimenta el independentismo radical de un significativo sector de la familia nacionalista. Junto a ellos, un sector más “catalanista” aprovecha la radicalidad de sus correligionarios para conseguir finalidades políticas más alcanzables.

La dinámica radicalidad-posibilismo fortalece un partido que no define sus objetivos (no se dice aspirar a la independencia de Euskadi, sino a la reintegración foral plena. Pero los fueros plenos eran la independencia). Ello permite realizar una política estatutista aun cuando se alimenta un discurso independentista, y permite poner continuamente en duda la legitimidad del sistema político español, fuera el de la Restauración o fuese la República, con los efectos que cabe imaginar a la hora de realizar una integración democrática también en el seno de la sociedad vasca, donde la mayoría de la población seguía sin ser nacionalista.

El franquismo. La verdad del discurso aranista

Tales planteamientos, sin embargo, van conquistando la hegemonía y tendrán ocasión de manifestarlo cuando, en el comienzo de la Guerra Civil, la República necesita asegurarse el apoyo de los nacionalistas. Se aprueba el Estatuto de Autonomía por el procedimiento de urgencia y se pone en marcha un Gobierno Vasco bajo presidencia nacionalista.

El triunfo del franquismo es, otra vez, la invasión de la España negra y la pérdida de la libertad vasca, representada en 1876 por los fueros y ahora en el estatuto. Una guerra nuevamente civil vuelve a presentarse como guerra de conquista contra Euskadi y, en la postguerra, una nueva llegada de mano de obra pobre vuelve a significar una invasión que pone en peligro la cultura y la personalidad vascas. Sabino Arana tenía razón.

En este marco nace ETA, a finales de los años 50. Vinculada originariamente con el viejo nacionalismo radical, la nueva organización nacionalista entra en contacto con el nuevo movimiento obrero, desde los primeros años 60, y va depurando su primitivo nacionalismo. Pese a tener una presencia minoritaria, sus acciones la van definiendo como punto de referencia de significativos sectores de la sociedad vasca, no sólo de procedencia nacionalista. Ello tiene especial significación a partir de 1968.

Aquella ETA, “armada más del deseo de tener armas que de armas reales”, que dijo Patxo Unzueta, tenía algunas armas, y la lógica perversa de éstas hace que, en un control de policía, Txabi Etxebarrieta asesinara a un guardia civil. Horas después, es abatido el propio Etxebarrieta. Aquel mismo verano de 1968 ETA mata al policía Melitón Manzanos. En los meses siguientes van siendo detenidos prácticamente todos los componentes de la dirección. En diciembre de 1970 se les juzga en Burgos.

El período que va desde la muerte de Etxebarrieta al juicio de Burgos es el momento en que se recompone la familia nacionalista en torno al símbolo de ETA y la etapa en que se sientan las bases para la posterior hegemonía del nacionalismo. La problemática nacional se sitúa en el centro del debate de la izquierda, lo que supone que la cuestión nacional vasca es “el” problema de los vascos en el momento de la transición.

En vísperas de la muerte de Franco, con una crisis económica que refuerza los efectos de la crisis política, el radicalismo social se expresa como radicalismo nacionalista, que sintetiza todas las utopías bajo un mensaje fundamentalmente nacionalista, lo que le permite presentarse como el discurso que va a la raíz del problema central, el problema nacional, otra vez definido de forma difusa y otra vez expresado con extraordinaria energía: la obvedad, desmesura e injusticia de la opresión nacional ahorran la necesidad de definirla. La existencia de ETA, dispuesta a matar o morir por sus ideas, permite obviar qué es lo específico del llamado problema vasco y cuáles podrían ser sus soluciones.

La recomposición de la comunidad nacionalista

La definición de qué es lo vasco va a centrar nuevamente el debate político de la izquierda no nacionalista que, aparentemente, había mantenido la hegemonía de la lucha contra el franquismo. El debate entre las organizaciones de izquierda no nacionalista se hace sobre la importancia que ha de tener el *euskera* o sobre si Navarra es o no Euskadi. Pero debatir sobre qué es ser vasco, para querer difundir que vascos son todos los que viven en el País Vasco, acaba convirtiendo en sujeto de la historia a los vascos, es decir, a los nacionalistas.

La centralidad de la definición patriótica explica la insistencia con que muchos ciudadanos que descubren la política en 1977 se afirman como vascos, e identifican tal afirmación con su voto nacionalista o su adhesión a partidos nacionalistas.

Esto explica que, a partir de las primeras elecciones de la restaurada democracia, los nacionalistas tengan más votos de los que nunca habían tenido. Si las elecciones de 1977 repiten un tanto la estructura del voto en la época republicana, con un electorado dividido en tres tercios (nacionalista, izquierda no nacionalista y derecha no nacionalista), el predominio electoral nacionalista se impone a partir de 1979. A partir de entonces, un PNV que fortalece su posición beneficiándose de la vieja polaridad entre radicalismo y moderación, conquista la representación y dirige la construcción del sistema autonómico.

En aquellos tiempos se acuñó el término de “comunidad nacionalista”, que quería subrayar la existencia de un evidente aire de familia entre los miembros de los distintos grupos nacionalistas, más o menos radicales. Para ser vasco ya no era menester tener apellidos vascos, impulsar la cultura vasca, hablar *euskera* o haber nacido en el país. Como decía por aquellos tiempos un personaje del humorista Juan Carlos Eguillor contestando a la pregunta “¿qué es ser vasco?”: “ser vasco es ser buen vasco”.

Sigue la afirmación de la inmensidad del agravio, tan enorme que no necesita definirse, y los no nacionalistas siguen excluidos de la ciudadanía. Ello exigía subrayar la relación de familia y complementariedad entre el nacionalismo moderado y el radical.

La política de aislamiento hacia el mundo de HB tuvo sus efectos, y dio lugar al lento comienzo del declinar electoral de los apoyos a ETA.

Cambiaron las cosas cuando el PNV estalló en 1986, entre otras cosas, por su propia incapacidad de racionalizar el carisma. Aquel exceso de emocionalidad y la indefinición de fines y medios impidieron plantear con claridad las diferencias internas, convertidas en pugna entre mesiánicos dirigentes, y sólo pudo resolverse con una ruptura traumática. La necesidad de apoyos parlamentarios produjo cambios políticos y llevó a un Gobierno de coalición gracias al cual los socialistas consiguieron la ciudadanía vasca.

Cambiaron las cosas, y el presidente del PNV, en un celebrado discurso, reconoció que los nacionalistas no eran los únicos vascos. Ese fue el estreno del llamado “espíritu de Arriaga”, teatro municipal bilbaíno donde se dijeron tales palabras.

Crisis y recuperación de la hegemonía

El descubrimiento, al cabo de tantas cosas y tanto tiempo, de que había vascos no nacionalistas, fue paralelo a un cambio en las relaciones con los violentos. La puesta en marcha de la Mesa de Ajuria Enea suponía la manifestación de voluntad de todos los partidos democráticos vascos con representación parlamentaria de encabezar conjuntamente la lucha ciudadana para marginar a los violentos. La política de aislamiento hacia el mundo de HB tuvo sus efectos, y dio lugar al lento comienzo del declinar electoral de los apoyos a ETA.

Pero esa política ha acabado hace ya unos años. Podría aventurar hipótesis de por qué ha sido, pero no creo que fuera útil.

El espíritu de la familia nacionalista resurge. Vuelve a hablarse de diálogo, de intermediación, de negociación con los violentos, al tiempo que se recupera el discurso que niega legitimidad democrática al Estado, “cuya Constitución nos fue impuesta, o se apoya sólo en la fuerza del ejército”, y se reclama autodeterminación como derecho formal, en vez de decidir qué es lo que se quiere y presentarse al electorado con el mensaje correspondiente.

No hay lugar para recoger las innumerables citas de dirigentes nacionalistas moderados que, periódicamente, hablan de temer más al Estado que a ETA, subrayan el carácter político de la violencia que ETA realiza o se limitan a constatar el auge de la violencia callejera del nuevo fascismo *abertzale*. No hay que tensar las cosas, ni fomentar el enfrentamiento civil: no hay que impulsar el rearme moral de los ciudadanos. Se aplaude la acción de grupos como Denon Artean o Gesto por la Paz, pero no se llama a los afiliados para que organicen grupos que se manifiesten pacíficamente en los pueblos en expresión silenciosa de repulsa a la violencia.

Se ha aceptado vivir con la violencia, quizá tras haber constatado que el PNV es un partido incombustible al que nadie pide responsabilidades, ni su electorado, ni siquiera los demás partidos. Los partidos que están, o aspiran a estar, en el Gobierno en Madrid parecen haber asumido que cualquier solución a la violencia pasa por el PNV.

Ese mismo hecho vuelve a dejar a los nacionalistas en situación de comodísima preeminencia. Porque, como alguien ha dicho, si es necesario un pastor para defender las ovejas del lobo, es preciso que siga habiendo lobo para que el pastor sea necesario.

Es éste, posiblemente, un artículo parcial y apasionado. Parcial porque sólo se refiere a una parte de los aspectos del problema. Apasionado porque creo que la vertiente que aquí se subraya es la principal y, aunque es sabido por casi todos, parece no importar a casi nadie.

Es mentira que el País Vasco está oprimido por España, y es mentira que en España no haya democracia. Pero mientras el llamado nacionalismo moderado siga cuestionando la democracia del sistema constitucional y denunciando la presunta falta de respeto a los derechos vascos, no es extraño que haya quienes, para combatir por éstos, crean justificada la violencia.